

obcecados, se los podía convencer y hacerles apreciar las ventajas del gobierno que les daba Napoleón por mano de José. Con las funciones de Espinosa, Tudela, Somosierra, la Coruña, Uclés y Zaragoza, bien podían quedar confusos y desanimados, al menos por el pronto; y si la política general no les prestaba auxilio con sus nuevas complicaciones, todavía podían ser regenerados por la nueva dinastía. Pero el secreto del destino era impenetrable. Contestando Napoleón á una carta de felicitación que le había enviado el príncipe Cambaceres deseándole un año próspero y feliz, le escribía estas palabras: «Para que pueda usted dirigirme el mismo parabién otras treinta veces más, *hay que tener mucho juicio.*» ¿Sabría Napoleón tenerlo después de reconocer cuán necesario le era? Esta era la dificultad, fuerza es repetirlo. Sólo él después de Dios tenía en su mano los destinos de los españoles, de los alemanes, de los polacos y de los italianos, y aún desgraciadamente de los franceses.

Mientras sus ejércitos se disponen tras breve descanso á caer, uno con el mariscal Soult desde la Coruña sobre Lisboa, otro con el mariscal Víctor desde Madrid sobre Sevilla, y otro, que era el de Aragón, desde Zaragoza sobre Valencia, cumple que sigamos los pasos de Napoleón desde las cumbres del Guadarrama á las márgenes del Danubio, desde Somosierra á Essling y Wagram. Aún podía prometerse algunos días afortunados, porque todavía era tiempo oportuno para tener juicio y aún no había cometido los últimos é irremediables errores. No era imposible en verdad, aunque la marcha que estaba imprimiendo á los sucesos lo hiciese dudoso, que la España fuese regenerada por sus manos, que la Italia quedase emancipada del yugo austriaco, que la Francia permaneciese en la altura y grandeza á que la había sublimado, y que su tumba descansase en las orillas del Sena sin tener antes que permanecer depositada en los remotos confines del Océano.

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO

RATISBONA

Llega Napoleón á París en la noche del 22 al 23 de enero de 1809. - Motivos de su súbito regreso. - Profunda alteración de la opinión pública. - Crece por grados la desaprobación de la guerra de España, especialmente desde que se empieza á temer que produzca un nuevo rompimiento con el Austria. - Pierde el favor Mr. de Talleyrand, y Mr. de Fouché corre el mismo peligro. - Actitud de Napoleón para con la diplomacia europea. - Sin darse por entendido con el embajador de Austria, se explica abiertamente con los enviados de las otras potencias. - Esfuérase en evitar la guerra, resolviendo hacerla tremenda en caso de que le obliguen á ella. - Su intimidad con Mr. de Romanzoff, que le había aguardado en París. - Pide auxilios á la Rusia. - Vastos preparativos militares - Alistamientos de 1810 y nuevos decretos mandando reunir los residuos de los llamamientos anteriores. - Formación de los batallones cuarto y quinto en todos los regimientos. - Desarrollo dado á la guardia imperial. - Composición de los ejércitos de Alemania é Italia. - Invitación á los príncipes de la Confederación para que tengan prontos sus cupos correspondientes. - Primeros movimientos de tropas hacia el Alto Palatinado, Baviera y Friul, con objeto de servir de amonestación al Austria. - Medios rentísticos en relación con los medios militares. - Efecto de las manifestaciones de Napoleón en Europa. - Disposiciones del gabinete austriaco. - Su exasperación é inquietud de resultas de los sucesos de España. - Propónese no desaprovechar la ocasión que se le ofrece con estar Napoleón enredado en aquella guerra, sintiendo haber despreciado la que le presentaba la guerra de Polonia. - Sirvenle de aliciente la exasperación de la Alemania y la opinión de la Europa. - Apresúrase á terminar los armamentos extraordinarios que había emprendido de mucho tiempo atrás. - Necesidad en que se encuentra de tomar una resolución y de escoger entre el desarme y la guerra. - Unión del Austria con la Inglaterra. - Esfuerzos que hace en Constantinopla el gabinete austriaco por pacificar á los ingleses con los turcos. - Tentativas hechas en San Petersburgo para separar á la Rusia de la Francia. - Empieza Alejandro á retirar su amistad á Napoleón. - Motivos de este cambio. - Teme mucho Alejandro la guerra de la Francia con el Austria, y hace lo posible por impedirlo. - No pudiendo lograrlo, y no queriendo separarse todavía de la alianza con Francia, adopta una conducta ambigua mirando exclusivamente por el interés de su imperio. - Grandes preparativos para concluir la guerra de Finlandia y renovar la de Turquía. - Envía un ejército de observación á Galitzia so pretexto de cooperar con la Francia. - Aunque defraudada en sus esperanzas con respecto á la Rusia, lisonjéase el Austria de poderla arrastrar á la primera victoria, y se decide á empezar la guerra en abril. - Declaración de Mr. de Metternich en París. - Seguro Napoleón de la guerra, acelera sus preparativos. - Envía anticipadamente todos los refuerzos. - Distribución del ejército de Alemania en tres cuerpos principales. - Señala á los mariscales Davout, Lannes y Massena su respectivo destino. - Parte el príncipe Berthier á Alemania con instrucciones eventuales, y Napoleón queda en París terminando sus preparativos. - Paso del Inn por los austriacos el 10 de abril, y marcha del archiduque Carlos sobre el Isar. - Paso del Isar y toma de Landshut. - Proyecto del archiduque Carlos de sorprender á los franceses antes de su concentración, cruzando el Danubio por entre Ratisbona y Donauwerth. - Sus disposiciones para derrotar al mariscal Davout en Ratisbona. - Feliz y repentino apareamiento de Napoleón en el teatro de las operaciones. - Proyecto atrevido de concentración, reducido á conducir al punto común de Abensberg á los dos mariscales Davout y Massena, saliendo el uno de Ratisbona y el otro de Augsburgo. - Entorpecimientos que encuentra en su marcha el mariscal Davout, el cual corre peligro de encontrarse con casi todo el ejército austriaco en masa. - Conducta atinada y enérgica de este mariscal colocado entre el Danubio y el archiduque Carlos. - Encuentro con los austriacos entre Tengen y Hausen. - Brillante acción de Tengen dada el 19 de abril. - Reunión del cuerpo de Davout con Napoleón. - Toma Napoleón la mitad de este cuerpo con los bávaros y wurtembergueses y rompe la línea del archiduque Carlos que se extendía desde Munich á Ratisbona. - Batalla de Abensberg dada el 20. - Prosigue Napoleón sus operaciones marchando sobre el Isar y tomando á Landshut el 21. - Con esto quita su línea de operaciones al archiduque y repela su ala izquierda á Baviera. - Sabedor en la noche del 21 al 22 de que el mariscal Davout ha tenido que habérselas nuevamente con el archiduque hacia Leuchling, revuelve hacia la izquierda sobre Eckmühl, adonde llega el 22 á mediodía. - Batalla de Eckmühl. - Batido el archiduque repliégame á Bohemia. - Toma de Ratisbona. - Carácter de las operaciones ejecutadas por Napoleón en estas cinco jornadas. - Grandes resultados militares y políticos que produjeron.

Saliendo de Valladolid á caballo el 17 de enero de 1809, llegó Napoleón á Burgos el 18 y á Bayona el 19, y tomando el coche en esta última ciudad después de detenerse escasamente lo necesario para dictar algunas órdenes, se apeó en las Tullerías el 22 á media noche, dejando á todos sorprendidos con su inesperado apareamiento. Nadie se imaginaba verle tan pronto, y su aspecto debía producir cierta turbación, así en Francia como en Europa, por las causas mismas que explican su rápido regreso. Dejaba á Valladolid abandonando enteramente el cuidado de terminar la conquista de España á sus generales, entre sí mal avenidos y desgraciadamente mal reconciliados por la tímida autoridad de José; y dejaba aquella residencia porque de todas

partes le enviaban noticias de que el Austria proseguía con más actividad que nunca sus armamentos, tantas veces suspendidos en los dos últimos años; porque desde Viena, Munich, Dresde y Milán le mandaban informes detallados de estos armamentos, que no dejaban la menor duda sobre la inminencia del riesgo; porque le referían desde Constantinopla los inauditos esfuerzos que hacía el Austria por indisponer á los turcos con la Francia y reconciliarlos con la Inglaterra; finalmente, porque de París le escribían que empezaba á manifestarse en los ánimos una agitación inexplicable; que en la corte había intrigas visibles aunque sordas; que en la ciudad se hablaba paladinamente contra el gobierno, y que por todas partes en suma se advertían inquietud,

descontento, malos juicios y murmuraciones. Estas noticias produjeron en su alma ardiente un subitáneo enojo, que le impulsó á presentarse inmediatamente en Francia. Los que habían provocado su regreso, así dentro como fuera, debían forzosamente sentirlo, y ya anticipadamente se conmovían. La diplomacia europea temía una resolución ruidosa, la corte amilanada un escarmiento.

Iba Napoleón en efecto, de vuelta en París, á ver la Francia como nunca la había visto, pues aunque durante los diez años de reinado transcurridos hubiese tenido algunas ocasiones de advertir, á despecho de la admiración que le rodeaba, señales inequívocas de desconfianza y hasta de censura, sin embargo, no había jamás conocido su nación tal como se la pintaban ahora algunos de sus súbditos leales, tal en suma como iba á verla por sus mismos ojos. Este cambio era completamente dimanado de la guerra de España, que empezaba á producir sus funestas consecuencias.

Censurábase en primer lugar la empresa en sí, que parecía agravar con nuevo peso la carga ya de suyo pesada que soportaba el imperio. Censurábase la forma que se le había dado, que no era otra cosa más que una flagrante perfidia cometida contra unos príncipes desgraciados, ignorantes y sin poder. Mucho se confiaba en verdad en el genio de Napoleón, siempre afortunado, para superar las nuevas dificultades que había acometido; mucho lisonjearon también y mucho fascinaban los rendidos homenajes de que había sido objeto en Erfurt, y que hacían á los ánimos fluctuar entre el temor, la esperanza y el orgullo satisfecho; pero sin embargo, esta última campaña, en que le había bastado presentarse para disipar los levantamientos en masa de los españoles, inspiraba tristísimas reflexiones. Habíasele visto precisado á trasladar sus valientes ejércitos desde el Norte, donde siempre eran necesarios, al Mediodía, por donde no amagaba ningún peligro formal á la Francia; á diseminarlos por aquel suelo devorador, donde se consumían persiguiendo partidas que jamás hacían cara, pero que incesantemente renacían en guerrillas cuando ya no podían batirse en cuerpo de ejército; á hacer por último que recobrasen la mar los ingleses, que se retiraban defendiéndose con gran energía, para que volvieran á aparecer en breve por otros puntos del litoral, tan veloces con sus buques como los españoles con sus piernas. Todos conocían que aquel país presentaba un verdadero abismo, donde iban á sepultarse mucho dinero y mucha sangre por un resultado muy incierto, apetecible sin duda para el siglo de Luis XIV, pero infinitamente menos importante para una época en que la Francia dominaba el continente: resultado que por otra parte podía muy bien aplazarse habiendo tantas otras empresas que acabar, y que había de dificultar forzosamente la pacificación general, ya tan difícil de suyo y tan justamente deseada. Pero lo que principalmente motivaba la desaprobación pública era la convicción ya general de que el Austria, aprovechando la ocasión de trasladarse los ejércitos franceses á la península, iba á renovar la guerra con más probabilidades de buen éxito. Agregábase á este fundado temor el de que se reuniesen á ella otras potencias, haciéndose la coalición general. De este modo veíase en cada error el origen de otros mil, todos encadenados, y

con una interminable secuela de funestas consecuencias. Al mismo tiempo los reiterados decretos en cuya virtud se llamaba á tomar las armas, no sólo á los sorteos del alistamiento de 1809, sino también á los del año 1810, alistados con un año de anticipación, y á los mismos de los sorteos atrasados de 1806, 1807, 1808 y 1809, que ya casi se tenían por libres, empezaban á producir en las familias un descontento general y á hacer que deplorasen como una verdadera y angustiosísima calamidad una guerra que hasta entonces sólo había sido ocasión de triunfo y de orgullo, y un medio de extender á las más lejanas aldeas las pruebas de la munificencia imperial para los soldados veteranos. Los antiguos realistas, reconciliados en parte, habían hasta ahora enmudecido, y el clero igualmente; pero ya los menos corregibles encontraban ocasión en los sucesos de España y Austria y en los padecimientos de las familias, para exponer proposiciones llenas de hiel y de encono. Para el clero, comunmente unido con ellos en intereses y sentimientos, eran causa de descontento tan grave como la que podían aducir los antiguos realistas por las forzadas renunciaciones de Bayona los malos tratamientos que en Roma se daban al papa; así que ya los clérigos se propasaban á un lenguaje muy equívoco en ciertos pulpitos de la capital y de las aldeas, y so pretexto de predicar la sumisión cristiana empezaban á dirigirse al pueblo en el mismo estilo que acostumbra á emplear la Iglesia en los tiempos de persecución.

Hablábase en los parajes públicos con extraña libertad, y aquel París tan inestable, ya turbulento, ya dócil, ya entusiasta, ya denigrador, nunca sometido, ó enteramente abyecto, y que siempre ofrece esperanzas de recobrar el juicio en medio de los mayores extravíos, ó bien se muestra insensato en las épocas de tranquilidad más completa; aquel París, casi fastidiado ya de admirar á su emperador, y hasta dando al olvido los motivos de reconocimiento por haber derrocado el cadalso y restablecido los altares y por haberle restituído tranquilidad, lujo y placeres, complacíase en exagerar sus sinrazones, en comentar sus errores; y á despecho de sus sarcasmos empezaba á experimentar para lo venidero serios temores que traducían en frases tristes y con frecuencia amargas. Los fondos públicos, á pesar de las reiteradas compras del Tesoro, bajaban del tipo de ochenta francos que el emperador había declarado normal para la renta del cinco por ciento, y aun hubieran bajado mucho más á no ser por los esfuerzos que para sostenerlos se hacían.

No era menor la inquietud y la indisciplina de los ánimos en torno del gobierno. El cuerpo legislativo había permanecido reunido todo el tiempo que había durado la breve campaña de Napoleón allende el Pirineo. Habíasele ocupado, como era en aquella época costumbre, no en cuestiones políticas, sino en asuntos de hacienda y especialmente en materias de legislación. Había discutido el Código de instrucción criminal, obra dificultosa y que podía dar lugar á que resucitasen varios disentimientos ya adormecidos. Los opositores, muy escasos á la sazón, puesto que casi nunca lograban combatir con más de diez ó quince votos negativos los proyectos que se les sometían, habíanse ahora hecho fuertes contra el gobierno y reunido, entre doscientos cincuenta ó doscientos ochenta votantes, hasta ochenta

y cien sufragios negativos en el examen de los diferentes títulos de dicho Código. El archicanciller Cambaceres, que con su habitual perspicacia había visto renacer este espíritu de contradicción y que había temido darle pábulo poniendo á discusión un Código que tan declaradamente ponía frente á frente las añejas propensiones de unos hacia la libertad, con los instintos de autoridad de otros, había ya prevenido al emperador el riesgo y tratado de disuadirle de terminar el Código de instrucción criminal en aquel año. Quería Cambaceres que se hubiese elegido el momento de manifestarse todos más inclinados á la aprobación y de hallarse el emperador presente, porque durante su ausencia todos demostraban más atrevimiento; pero Napoleón, que no reconocía obstáculos, quiso que el Código fuese puesto á deliberación aquel mismo año, y las enconadas discusiones que se originaron, seguidas de votaciones más reñidas que nunca, dieron en qué pensar á los hombres reflexivos, predisponiendo en contra al árbitro y soberano que aun estando ausente atendía á todo cuanto pasaba en Francia.

No faltaban personajes que envalentonados con esta ausencia hubiesen dado libre desahogo á su lenguaje y á su inclinación á la intriga; y dos principalmente, que eran Mr. Fouché y Mr. de Talleyrand, habían llevado hasta la imprudencia el olvido de una sumisión á que hacía ya diez años parecían acostumbrados. Hemos pintado ya el carácter y la posición que durante los primeros años del Consulado ofrecieron estos dos personajes, tan hostiles el uno al otro y los más calificados de aquella época después del archicanciller Cambaceres. Éste, aunque menos consultado que entonces, procuraba siempre secretamente y sin ostentación hacer prevalecer en el ánimo de Napoleón ideas de moderación y prudencia, lo que en verdad conseguía ya muy pocas veces. Empezaban á cansarle y entristecerle los acontecimientos, y propendía cada vez más á separarse de los negocios: cosa fácil en todo tiempo, porque siempre en la escena del mundo hay actores presurosos que se huelgan de encontrar vacante el puesto. Sólo Napoleón lo veía con sentimiento, porque hacía aprecio de su rara prudencia, aunque tantas veces le era importuna. Iba haciéndose, pues, cada vez menos caso del príncipe archicanciller. Fouché y Talleyrand, por el contrario, gustaban mucho de que se hablase de ellos, y atraían de grado toda la atención que podía prestarles un público cuyo pensamiento era casi exclusivamente para Napoleón. Mr. Fouché, aunque excelente ministro de policía en los primeros tiempos del Consulado por una indiferente indulgencia hacia los partidos que le hacía ser tolerante con todos, tenía sin embargo dos graves defectos para aquel cargo, que eran el empeño de figurar á costa del gobierno y la necesidad de entrometerse en todo. Siempre que trataba con bondad á alguno ó precavía cualquiera medida de rigor, se atribuía el mérito para con los interesados, dando á entender que á no mediar él hubiera sido mucho más dura la tiranía del impetuoso soberano. Afectaba reprimir el vehemente celo del prefecto de policía, Dubois, funcionario personalmente devoto del emperador; burlábase de los descubrimientos que suponía haber hecho, y trataba de quiméricas todas las conspiraciones denunciadas por este agente. Podía en esto Mr. Fouché tener razón; pero también él

flaqueaba por exceso de celo, porque quería mezclarse en todo para aparecer en todo influyente. Deseoso recientemente de darse importancia, había tomado á su cargo el aconsejar el divorcio á la emperatriz Josefina, creyendo que así se congraciaba con Napoleón, llevando á efecto un sacrificio que éste no osaba pedir aunque ardientemente lo deseaba. Estas miras tan declaradamente personales, esta intervención indiscreta en lo que no era de su incumbencia, habían estado ya á pique de perderle, no queriendo naturalmente Napoleón que nadie se engrandeciese á su costa; que se le representase á los ojos de los partidos como duro y cruel, reservándose para sí los honores de la indulgencia; que se afectase incredulidad en materia de conspiraciones pudiendo comprometer la seguridad de su gobierno; que se permitiese nadie, por último, tomar la iniciativa en los graves negocios de Estado ó de familia que sólo á él le concernían, y de cuya sazón sólo él podía y quería juzgar.

Acababa de ocurrir una circunstancia que le dió ocasión de manifestar sus ideas sobre este punto, lo que hizo de una manera bochornosa para Mr. Fouché. Resultaban comprometidos en una trama poco seria, pero que anunciaba ya cierto principio de resistencia al poder absoluto, un antiguo militar, conspirador incorregible, que era el general Malet; un tal Serván, antiguo ministro de la Guerra, y un empleado obscuro del ministerio de Instrucción pública, llamado Florent-Guyor. En esta trama sólo una cosa había grave, que nadie echó de ver por entonces, y era la manía del general Malet, el cual había proyectado aprovechar una de las frecuentes ausencias de Napoleón en la guerra para esparcir la voz de que había muerto y promover un levantamiento. No es posible decidir si el proyecto del general Malet, realizado más adelante, era tan sólo un germen á la sazón ó había ya madurado en la trama que Mr. Dubois creía haber descubierto; lo cierto es que Fouché se burló mucho de Dubois, y que éste, fiado en su valimiento, trató á su ministro con poco respeto. Advertido Napoleón de esta disputa mientras estaba en España, y disgustado de que su ministro de Policía la echase de incrédulo en materia de conspiraciones ó quisiese tal vez ganar terreno entre los altos funcionarios del Estado sofocando un negocio en que estaban muchos de ellos comprometidos, prestó todo su apoyo á Mr. Dubois y resolvió se llevase la cuestión á un consejo presidido por el príncipe Cambaceres. Dirimió el prudente archicanciller la diferencia, decidiendo que si bien aquellos primeros síntomas del espíritu de sedición no ofrecían campo para un procedimiento, debían, no obstante, vigilarse mucho. Mr. Fouché fué severamente reconvenido de orden del emperador. Su proposición de divorcio le acarreó sin embargo otra reconvenición todavía más dura. Al hacerle espontáneamente semejante proposición el ministro de Policía, creyó la emperatriz Josefina que el mismo emperador la hubiese dictado, no pudiendo suponer que un ministro tomase sobre sí el aventurar un paso de tamaña consecuencia no siendo autorizado, y de aquí resultaron disgustos de familia que afectaron vivamente á Napoleón. Buscando éste la estabilidad de que le privaba el destino, anhelaba tener un heredero, y sentía ir tomando cuerpo lentamente la resolución del divorcio; pero cuanto más se aproximaba el momento de ponerlo por obra, más le repugnaba anticiparse un

dolor que había de ser para su corazón muy agudo. Esto hizo que reprobese el paso dado por Mr. Fouché, y le condenase á dar á la emperatriz la más humillante disculpa. También esta vez sirvió Cambaceres de mediano y pacificador, pero bien pudo advertir desde entonces Mr. Fouché la rápida ruina de su valimiento.

Por lo que hace á Mr. de Talleyrand, su situación estaba asimismo muy comprometida, y también por culpa suya. Había ya dado á Napoleón más de un motivo de disgusto y desconfianza, especialmente al dejar en 1807 el ministerio de Negocios extranjeros por el vano pretexto de haber sido promovido á gran dignatario del imperio. Recobró la gracia imperial haciéndose instrumento activo de la política que había conducido á la guerra de España, y sirvióse de él Napoleón, ora llevándole á Erfurt, ora dejándole en París, con objeto de paliar á los ojos de la diplomacia europea la parte odiosa y alarmante que esa política tenía para las cortes extranjeras. Pero Mr. de Talleyrand era el menos capaz de todos los hombres de resistir á la opinión reinante, y como la guerra de España había acabado por merecer la reprobación universal, ya á sus ojos sólo ofrecía motivos de censura. No cesaba de decir que él la había siempre reprobado, fundándose sin duda en que entre los proyectos propuestos, había preferido la desmembración de España á la usurpación de la corona. Una vez en la vía de los arrepentimientos, remontábase hasta el suceso del duque de Enghien, porque ahora que se veía en desgracia recordaba de grado cuantos errores podía Napoleón haber cometido para justificarse de complicidad en todos ellos. Grande era su imprudencia, porque si en París corren pronto las noticias, más de prisa corrían á la sazón, por cuanto el pérfido deseo de agrandar se unía á la indiscreción más que en cualquiera otra época. Por esta razón no podía menos Mr. de Talleyrand de ser denunciado en breve al emperador.

Ni se limitaban sus agravios á unas cuantas denegaciones mal fundadas, sino que se reconcilió con Mr. Fouché después de diez años de odios y diatribas recíprocos. Tratábanse uno á otro de intrigantes frívolos que afectaban dirigir una diplomacia que marchaba de por sí ayudada de la victoria; de intrigantes subalternos que exasperaban al emperador con vulgares denuncias, y hacían grande alarde de una policía que facilitaba en sumo grado y hasta hacía inútil la sumisión general del país. Despreciaba Mr. de Talleyrand á Mr. Fouché como hombre vulgar, y éste le despreciaba á él como hombre de poco seso; y sin embargo, como si la gravedad de la situación reclamase de su parte el olvido de sus antiguos resentimientos, Talleyrand y Fouché, abocados uno á otro por hombres oficiosos, se reconciliaron y después se visitaron públicamente con general sorpresa. El verdadero motivo de su reconciliación era que su unión podía ser necesaria á ambos en las circunstancias que iban probablemente á sobrevenir. Creíase en efecto que Napoleón acabaría por sucumbir en España al puñal de un fanático ó bien en Austria á una bala de cañón. Fouché y Talleyrand, más propensos á creer en la ruina de un orden de cosas que no era de su gusto, parecían participar de la opinión de que Napoleón perecería infaliblemente en cualquiera de los peligros que con tanta imprudencia arrostraba. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué haremos?, se preguntaban sin

acertar con una respuesta satisfactoria; pero los que hacían de mediadores, exagerando como es costumbre estas confidencias á medias de los dos personajes, suponían que tenían ellos dispuesto nada menos que un plan completo de gobierno para el caso en que Napoleón llegase á faltar. Llegaban hasta atribuirles la idea de transmitir la corona imperial á Murat, el cual había manifestado en París, antes de trasladarse á Nápoles, el disgusto de no haber sido hecho rey de España.

No merecerían estos vanos rumores ocupar un lugar en la historia si no fuesen la prueba de cierto principio de mudanza en los ánimos, resultado de las faltas de Napoleón, y sobre todo si no hubieran producido el triste efecto de poner á los extranjeros sobre aviso acerca de lo que en París ocurría, persuadiéndoles que la autoridad de Napoleón estaba en decadencia, que la nación estaba descontenta de su política, que sus medios de acción habían notablemente disminuído, y por último, que era llegado el momento de declararle otra vez la guerra. Es indudable que el estado de los ánimos en París (1) influyó mucho en aquella sazón en la opinión de toda Europa y contribuyó poderosamente á que estallase la guerra, como vamos á ver en breve.

Ya antes de dejar á Valladolid sabía Napoleón una gran parte de lo que acabamos de referir, lo que le causó una exasperación cuyos arranques no acertó á reprimir. Sabedor la víspera de su salida de que los granaderos de la antigua guardia murmuraban porque momentáneamente al menos iban á quedar en España, sabedor también de que el general Legendre, que era uno de los que habían firmado la capitulación de Bailén, iba á presentarse á él en cierta revista que se iba á pasar, se entregó á explosiones de cólera que affigieron profundamente á los que de ellas fueron testigos. Recorría á pie las filas de sus granaderos que le presentaban las armas, y al llegar á un soldado, ya porque hubiese oído algún murmullo, ya porque reconociese en él á uno de los descontentos, le arrancó de las manos su fusil, y trayéndole hacia sí le dijo: «Malvado, merecías que te mandase fusilar, y aun no sé si hacerlo.» Empujándole después hacia su puesto y encarándose con sus compañeros: «Ya lo sé, les dijo; queréis regresar á París para volver á recobrar vuestras costumbres y vuestras queridas; pues bien: yo os aseguro que seréis soldados hasta los ochenta años.» Divisó después al general Legendre, y asiéndole de la mano le dijo: «General, general, ¿cómo no se secó esta mano al firmar la capitulación de Bailén?» El pobre general, aterrado por estas palabras, pareció abismarse en su vergüenza, y todos inclinaron la frente ante el rostro inflamado de Napoleón, aunque deplorando en secreto tan incalificables actos de violencia.

Salió en seguida para París, adonde llegó, según dejamos dicho, con una rapidez igual á la de sus pasiones. Había recibido en España muchas noticias, porque además de sus ministros tenía numerosos corresponsales que le comunicaban todo cuanto oían y todo cuanto pensaban (2); supo muchas cosas en el camino, aunque

(1) Este hecho resulta tristemente probado por la correspondencia diplomática de la época; admira ver hasta qué punto se repetía en Viena, en Berlín y en San Petersburgo todo cuanto se decía en París. (N. del A.)

(2) Figuraban entre estos corresponsales Mr. Fievée, Mr. de

viajaba sin detenerse; dictó numerosas órdenes, y prescribió con especialidad la prisión de un clérigo llamado Anglade que había hablado en el púlpito contra el nuevo alistamiento en el Gironde, y envió á París al arzobispo de Burdeos porque había tolerado semejantes sermones. No bien se apeó en las Tullerías, se vió asaltado de innumerables informes sobre todo cuanto había ocurrido en su ausencia. No podían estos informes exagerados alucinar á un talento tan perspicaz como el suyo; pero acogemos gustosos todo lo que estimula cualquiera irritación que experimentamos, y así Napoleón dió crédito, ó pareció darlo, á muchas cosas inverosímiles. Mandó al punto llamar al archicanciller Cambaceres, á quien repitió con animación extremada todo lo que le habían contado, exaltándose principalmente contra Fouché y Talleyrand, que en su concepto sólo para algún fin muy malo podían haber hecho las paces. Intentó Cambaceres calmar su enojo, pero no lo consiguió sino á medias. Hería mucho á Napoleón que se dispusiese de su sucesión como si fuese verdadera su muerte, pero más aún la abjuración que hacía de su política un hombre que había sido su cómplice y que había sido llevado á Erfurt y dejado en París para hacer su apología. Fuerza era que descargase sobre la cabeza de Mr. de Talleyrand la mayor nube; pero también Mr. Fouché había ya recibido por escrito muy duras reprensiones, aunque todavía no había colmado la medida del sufrimiento, si bien empezaba á desagrado.

En consejo de ministros, á que asistieron muchos grandes dignatarios presentes en París, se quejó Napoleón amargamente de las circunstancias y de los hombres, porque ya nada había que le contentase. En medio de la tranquilidad del imperio parecía en aquella época haberse perdido el conocimiento de la opinión pública y de sus rápidas mudanzas; creíase que un gobierno podía á su antojo dirigir aquélla, y teníase cierta fe pueril en la influencia de la policía, por cuanto desplegaba una autoridad absoluta sobre los periódicos. Quejábase Napoleón de que habían dejado á los ánimos extraviarse sobre los acontecimientos del día, de que se había permitido comentar su última campaña, ilustrada toda con triunfos, pintándola como la más fecunda en reveses, y lanzó agudos sarcasmos contra los que habían hablado y obrado cual si estuvieran contemplando una sucesión ya abierta y un reinado ya próximo á su fin. Quejose principalmente, y con grande amargura, de aquellos que por renegar de él no vacilaban en renegar de sí mismos, y por último no pudiendo ya contenerse, recorriendo á largos pasos el salón del Consejo y dirigiéndose á Mr. de Talleyrand, que estaba en pie, inmóvil, arrimado á una chimenea, le dijo haciendo ademanes de singular vehemencia: «¡Y usted es el que se atreve á decir que no ha tenido parte en la muerte del duque de Enghien! ¡Y usted es el que pretende no haberla tenido en la guerra de España! ¡Cómo, repetía Napoleón, no tuvo usted parte en la muerte de Enghien? ¡Por ventura se ha olvidado usted ya de que me la aconsejó por escrito? ¡Y es usted el que no ha tenido parte en la guerra de Es-

Montlosier y Mma. de Genlis, que no escribían para denunciar sino para decir su opinión acerca de lo que veían y de lo que diariamente ocurría. La correspondencia de Mr. Fievée ha visto la luz pública, y prueba que Napoleón se dejaba decir las cosas más atrevidas. (N. del A.)

paña? ¿Se olvida usted también de que me aconsejaba en sus cartas que siguiese la política de Luis XIV? ¿Ha olvidado usted ya que ha intervenido en todas las negociaciones que han acarreado la guerra actual?» Cuantas veces pasaba por delante de Mr. de Talleyrand le dirigía las más punzantes expresiones acompañadas de ademanes amenazadores, dejando helados de espanto á todos los circunstantes y llenando de dolor á sus adictos, que veían rebajada en esta escena la dignidad del trono y la del genio á un mismo tiempo (1).

En seguida despachó Napoleón al Consejo, sentido de lo que había hecho y juntando al descontento que tenía de los demás el justo descontento que debía tener de sí mismo.

Al volver á su casa Mr. de Talleyrand se halló sobrecogido por una especie de parálisis, y los médicos temieron por su vida; porque aunque soportaba la desgracia con aparente impasibilidad, no tenía en el fondo valor para sobrevivir á ella. Napoleón, sin embargo, estaba demasiado ofendido para contentarse con amenazas, y quiso se enterase al público por medio de una manifestación oficial de que Mr. de Talleyrand había incurrido en su desagrado. Este personaje, prendado de los honores de toda especie, había aspirado á ser gran chambelán cuando estaba desempeñando las graves funciones del ministerio de Negocios extranjeros. Ascendido á gran dignatario, conservó el empleo de gran chambelán, reuniendo las ventajas pecuniarias con las de su nueva dignidad. Al día siguiente del rompimiento ocurrido en el consejo de ministros, le retiró Napoleón la llave de gran chambelán, y la trasladó á Mr. de Montesquiou, que era uno de los miembros más justamente apreciables del cuerpo legislativo y que reunía á sus actuales títulos otros antiguos que tenía en mucha estima Napoleón cuando concurrían con un mérito positivo. Sin embargo, conociendo Mr. de Talleyrand que se había apresurado con demasiada ligereza á tratar al gobierno imperial como gobierno perdido, resolvió neutralizar con una extremada sumisión los dichos imprudentes de que era acusado y á los dos ó tres días concurreó á una gran función que se celebraba en las Tullerías, con traje vistoso, haciendo humilde acatamiento al soberano que acababa de ultrajarle, como queriendo hacerle olvidar á este mismo, y sobre todo al público, lo que había ocurrido. Consiguíolo hasta cierto punto, porque Napoleón, desarmado de su calculada sumisión, si bien descubrió el cálculo, no desechó la humillación.

Después de ocuparse en refrenar á los que le rodeaban, sin conseguirlo con el público, al cual no podía retirar su favor, se dedicó Napoleón inmediatamente á los graves asuntos que le conducían á París. Eran éstos la diplomacia y la guerra, que era preciso conducir paralelamente por haber llegado la época de un rompimiento con el Austria. Esta potencia, que vimos tan agitada en los tres últimos años, siempre fluctuando entre el deseo de vengar las humillaciones y el temor de sufrir nuevas derrotas; buscando siempre una ocasión oportuna, persuadida de haberla encontrado en el atrevido movimiento de Napoleón hacia el Norte en 1807, que desaprovechó quedándole el disgusto de haberla

(1) El honrado y veraz duque de Gaeta, que fué testigo ocular, me lo refirió con todos sus pormenores pocos días antes de su muerte. (N. del A.)